
Con la brillante
y deliciosa
efervescencia
de

SPUR



LA SUPER-COLA

CANADA DRY

UN REFRESCO SABROSO Y
VIGORIZANTE QUE SATISFA-
CE HASTA EL ULTIMO SORBO



Pídalo en la CANTINA de su propia escuela.

LAVE CON EL
MAGNIFICO JABÓN

PALMERA

Y GUARDE LAS EN-
VOLTURAS PARA
QUE LAS CAMBIE POR
BONITOS Y
UTILES

Regalos



*Encantadoramente blanca
suave y bonita*

queda toda la ropa lavada
con el insuperable jabón



Palmera

QUE además de ser un magnífico jabón,
es el jabón que le obsequia valiosos
y útiles regalos a cambio de sus en-
volturas. Vea el gran surtido de regalos en
la Tienda Palmiera en San José o pida el ca-
tálogo.

TENEMOS 297
REGALOS PARA USTED.

JABONERA NACIONAL, S.A. San José, Costa Rica.

TRIQUITRAQUE

SAN JOSE, COSTA RICA, MARZO DE 1945

Dirección: CARLOS LUIS SAENZ

Administración: LUISA DE GONZALEZ

El saludo de "Triquitraque"



Queridos amigos:

Aquí está otra vez Triquitraque. Durante tres meses se fué de vacaciones, como ustedes. Fué por la montaña y también por el mar, anduvo por el Sur y por el Guanacaste, viendo, observando, aprendiendo, encantado de las cosas nuevas y hermosas que encontraba, pensando en la alegría de contarlas a todos Uds.

Ahora, al llegar el mes de marzo, Triquitraque volvió con sus alforjas de ilusión bien colmadas; volvió para venir a la escuela con sus amigos y contarles lo que sabe, y oír cómo cada uno ha pasado sus vacaciones, lo que vió y aprendió en sus paseos, lo que anhela para aprovechar bien su nuevo año de estudios. Tratará de ayudarlos, para que aprendan más, para que estén más contentos en la escuela, para que cada día crezcan en todo sentido.

Aquí está Triquitraque para servir y encantar a sus amiguitos.

Estimados agentes de Triquitraque:

Rogamos a Uds. el mayor cumplimiento en el pago de sus cuentas, pues la difícil situación económica de la revista, no nos permite enviarla a aquellos agentes que nos deban más de dos meses.

LA ADMINISTRACION

*El Circo!**El Circo!**El Circo!*

Una murga bullanguera
 iba, en la tarde amarilla,
 llamando a niños y a viejos
 por las calles de la villa.
 El payasillo adelante,
 en bailadora mulita,
 con su cara embadurnada
 de ocre rojo y blanca harina.
 Después la murga, y después,
 toda la chiquillería
 anhelante de escuchar
 lo que el payaso decía.

¡Silencio! Oid al payaso
 en su rara algarabía,
 publicando la función
 en una de las esquinas,
 a los cuatro vientos, mientras
 taloneaba la mulita
 haciéndola describir
 círculos de gran maestría:

“Oigan viejos, oigan niños,
 oigan muchachas bonitas:
 esta noche a divertirse

en el gran Circo Alegría!”
 Y de su bocaza ampliada
 por una mancha encendida
 iba saliendo el pregón,
 pregón de las maravillas:

“La Mujer que vuela! ¡El acto
 de la sin par trapecista!
 ¡El gran William con sus leones
 africanos! ¡La elefanta
 y la mona bailarinas!
 ¡Los esposos chinos Chong,
 mundiales malabaristas!
 ¡El círculo de la muerte
 en la cuerda suspendida!
 ¡Esta noche, a divertirse
 en el gran Circo Alegría!”

A las últimas palabras,
 en coro, le respondía
 a gritos, entusiasmada,
 toda la chiquillería.
 De la murga, nuevamente,
 el chin-chin, chin-chong se oía,
 y el payaso, muy orondo,
 cabalgaba hasta otra esquina.

Arreglo
C. S. 1919

El Elefantito Aventurero

En una lejana selva del Africa vivía un elefantito. Todo el día caminaba siguiendo a su madre a través de los altos herbazales y cada mañana iban juntos a bañarse en el pozo. Cuando el elefantito aprendió a trompetear como lo hacían sus mayores, pensó que era suficientemente fuerte para aventurarse en la selva, y así se lo dijo a su madre.

“Qué hijo más loco tengo”, trompeteó ella muy suavemente. Estás demasiado pequeño aún para dejar tu casita. “Cuando podré irme?”, preguntó el elefantito.

“Cuando tu trompa sea tan larga como el delgado tronco de la palmera que crece junto a nuestro pozo,—prometió la madre—, podrás irte.

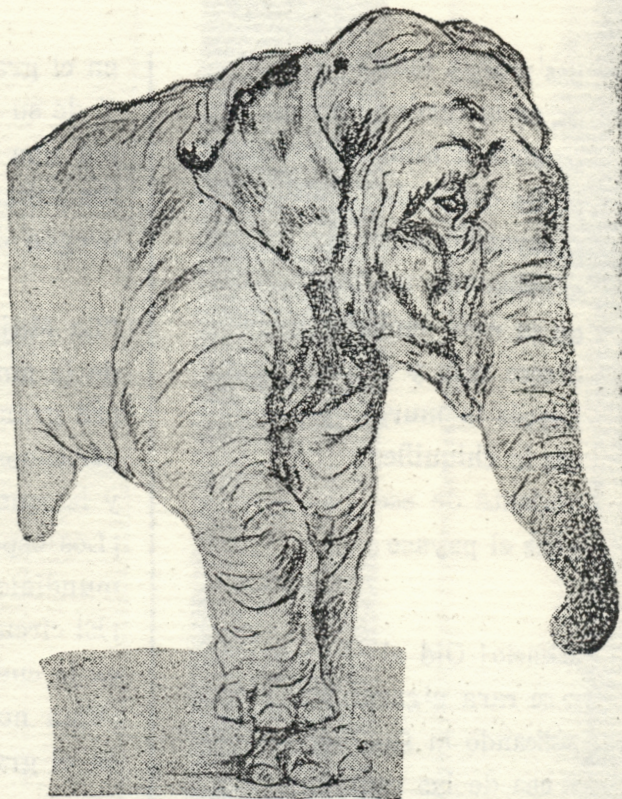
“Estoy seguro de que ahora mismo tengo el tamaño necesario”, contestó alegremente el elefantito. Y sin detenerse, empezó a correr cuanto se lo permitían sus gruesas y cortas piernas, hasta llegar al pozo. Allí se echó de espaldas y levantó su trompa a la par del tronco fino de la palmera.

¿Era suficientemente larga?

No, todavía no.

Entonces, el elefantito corrió con sus cortas y gruesas piernas, en busca de nutritivas hierbas que lo hicieran crecer mucho

Cada noche, parado sobre sus cortas y gruesas piernas, dormía largo tiempo y, al amanecer, antes de entrar al baño, se medía.



Estiraba y estiraba su trompa, pero todavía no alcanzaba el tamaño necesario para irse a buscar aventuras.

Pasaron muchos días, el elefantito encontró abundantes hierbas que comer y creció, creció!

¿Era suficientemente grande ahora?

¡Sí, ahora sí!

Corrió entonces con sus cortas y gordas piernas a despedirse de todos sus amigos y partió luego, feliz, en busca de aventuras.

Caminando, caminando llegó a un río. En medio de éste vió un extraño animal. Tenía la cabeza ancha y aplastada, sus orejas eran pequeñas, sobre sus anchas espaldas había algo muy parecido a un ... cerdito.

El elefantito recordó lo que su madre le había dicho: encontrarás los caballos de río, cuyo nombre es difícil de pronunciar: hi-po-pó-ta-mos.

“Será maravilloso si el hipopótamo me quisiera acompañar”—se dijo el elefantito. Llamó entonces al pequeño hipopótamo y le dijo: ¿Quiéres ir conmigo en busca de aventuras?

“Con mucho gusto, contestó el pequeño hipopótamo, mientras su madre nadaba con él hasta la orilla.

“Qué hijo más loco tengo,—dijo ella suavemente—, eres demasiado pequeño para dejar el hogar.

¿Cuándo podré irme?—preguntó el pequeño hipopótamo.— Cuando puedas cruzar solo el río a nado—prometió la madre—, “entonces podrás irte”.

¡Estoy seguro de poderlo ya!—gritó el pequeño hipopótamo alegremente. Y sin esperar segundas se echó al río. Plash... plash... plash... iba nadando pero pronto empezó a hundirse. “Te daré una lección diaria de natación”, lo consoló la madre, “así aprenderás en poco tiempo a hacerlo bien”.

“Te esperaré”, prometió el elefantito.

Entonces el pequeño hipopótamo nadó en busca de plantas acuáticas que lo hicieran crecer y fortalecerse.

Cada mañana tomaba una lección de natación. Cada noche dormía confortablemente junto a su madre en un hoyo fangoso.

Pasaron muchos días. El elefantito se aburría de esperar. Una mañana el pequeño hipopótamo se sintió más fuerte que nunca.

Plash... plash... plash... empezó a nadar con mucho vigor, llegó a la mitad del ancho río: plash... plash... plash..., siguió nadando más y más.

¿Alcanzará la otra orilla, esta vez?

¡Sí, esta vez, sí!

Ahora puede irse en busca de aventuras a través de la selva, por eso fué nadando de un lado a otro para despedirse de todos sus amigos.

Luego se puso en camino detrás del elefantito.

El Elefantito Aventurero

En una lejana selva del Africa vivía un elefantito. Todo el día caminaba siguiendo a su madre a través de los altos herbazales y cada mañana iban juntos a bañarse en el pozo. Cuando el elefantito aprendió a trompetear como lo hacían sus mayores, pensó que era suficientemente fuerte para aventurarse en la selva, y así se lo dijo a su madre.

“Qué hijo más loco tengo”, trompeteó ella muy suavemente. Estás demasiado pequeño aún para dejar tu casita. “Cuando podré irme?”, preguntó el elefantito.

“Cuando tu trompa sea tan larga como el delgado tronco de la palmera que crece junto a nuestro pozo,—prometió la madre—, podrás irte.

“Estoy seguro de que ahora mismo tengo el tamaño necesario”, contestó alegremente el elefantito. Y sin detenerse, empezó a correr cuanto se lo permitían sus gruesas y cortas piernas, hasta llegar al pozo. Allí se echó de espaldas y levantó su trompa a la par del tronco fino de la palmera.

¿Era suficientemente larga?

No, todavía no.

Entonces, el elefantito corrió con sus cortas y gruesas piernas, en busca de nutritivas hierbas que lo hicieran crecer mucho

Cada noche, parado sobre sus cortas y gruesas piernas, dormía largo tiempo y, al amanecer, antes de entrar al baño, se medía.



Estiraba y e s t i r a b a su trompa, pero todavía no alcanzaba el tamaño necesario para irse a buscar aventuras.

Pasaron muchos días, el elefantito encontró abundantes hierbas que comer y creció, c r e c i ó!

¿Era suficientemente grande ahora?

¡Sí, ahora sí!

Corrió entonces con sus cortas y gordas piernas a despedirse de todos sus amigos y partió luego, feliz, en busca de aventuras.

Caminando, caminando llegó a un río. En medio de éste vió un extraño animal. Tenía la cabeza ancha y aplastada, sus orejas eran pequeñas, sobre sus anchas espaldas había algo muy parecido a un ... cerdito.

El elefantito recordó lo que su madre le había dicho: encontrarás los caballos de río, cuyo nombre es difícil de pronunciar: hi-po-pó-ta-mos.

“Será maravilloso si el hipopótamo me quisiera acompañar”—se dijo el elefantito. Llamó entonces al pequeño hipopótamo y le dijo: ¿Quiéres ir conmigo en busca de aventuras?

“Con mucho gusto, contestó el pequeño hipopótamo, mientras su madre nadaba con él hasta la orilla.

“Qué hijo más loco tengo,—dijo ella suavemente—, eres demasiado pequeño para dejar el hogar.

¿Cuándo podré irme?—preguntó el pequeño hipopótamo,— Cuando puedas cruzar solo el río a nado—prometió la madre—, “entonces podrás irte”.

¡Estoy seguro de poderlo ya!—gritó el pequeño hipopótamo alegremente. Y sin esperar segundas se echó al río. Plash... plash... plash... iba nadando pero pronto empezó a hundirse. “Te daré una lección diaria de natación”, lo consoló la madre, “así aprenderás en poco tiempo a hacerlo bien”.

“Te esperaré”, prometió el elefantito.

Entonces el pequeño hipopótamo nadó en busca de plantas acuáticas que lo hicieran crecer y fortalecerse.

Cada mañana tomaba una lección de natación. Cada noche dormía confortablemente junto a su madre en un hoyo fangoso.

Pasaron muchos días. El elefantito se aburría de esperar. Una mañana el pequeño hipopótamo se sintió más fuerte que nunca.

Plash... plash... plash... empezó a nadar con mucho vigor, llegó a la mitad del ancho río: plash... plash... plash..., siguió nadando más y más.

¿Alcanzará la otra orilla, esta vez?

¡Sí, esta vez, sí!

Ahora puede irse en busca de aventuras a través de la selva, por eso fué nadando de un lado a otro para despedirse de todos sus amigos.

Luego se puso en camino detrás del elefantito.

Caminando, caminando los dos amigos oyeron un gran charloteo.

Los monos hacen un poco de ruido,—dijo el elefantito mientras apuntaba con su trompa a la cima de un gran árbol. Montado sobre su madre estaba ahí el monito más gracioso del mundo.

“Podemos invitarlo a ir de aventuras con nosotros”,—propuso el elefantito. “Sí, invitémosle”, contestó el hipopótamo. Entonces el elefantito trompeteó tan fuerte como pudo. “Nosotros vamos en busca de aventuras, ¿querría Ud. venir también?”

“Con mucho gusto—contestó el monito—, mientras su madre se deslizaba suavemente con él hasta las altas hierbas. Pero cuando quiso marchar, su madre lo detuvo.

“Qué hijo más loco tengo”—dijo la madre.—“Eres demasiado pequeño para dejar el hogar”.

¿Cuándo podré hacerlo?—preguntó el monito.—“Cuando puedas saltar de un árbol a otro sin caer”, prometió ella, “podrás irte.”

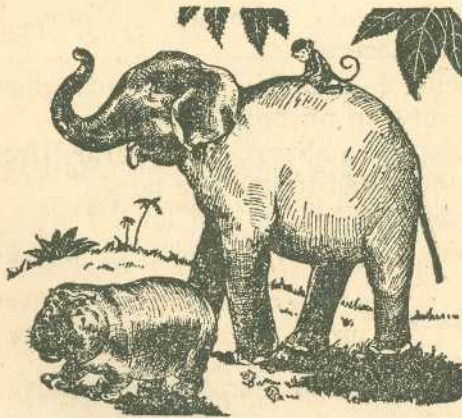
“Estoy seguro de poder hacerlo ya”, gritó alegremente el monito, mientras trepaba hasta la cima de un gran árbol. Agarró un bujoco y se balanceó en el aire.

¿Alcanzó la copa del otro árbol, esta vez?

No, no la alcanzó. Cayó entre las altas hierbas.

Por eso corrió en busca de nueces y miel que lo hicieran crecer y fortalecerse.

Cada mañana el monito saltaba y saltaba probando su fuerza. Sus nuevos amigos esperaban que hubiera comido suficientes nueces y dormido bastante, cada noche junto a su madre, en la copa del gran árbol.



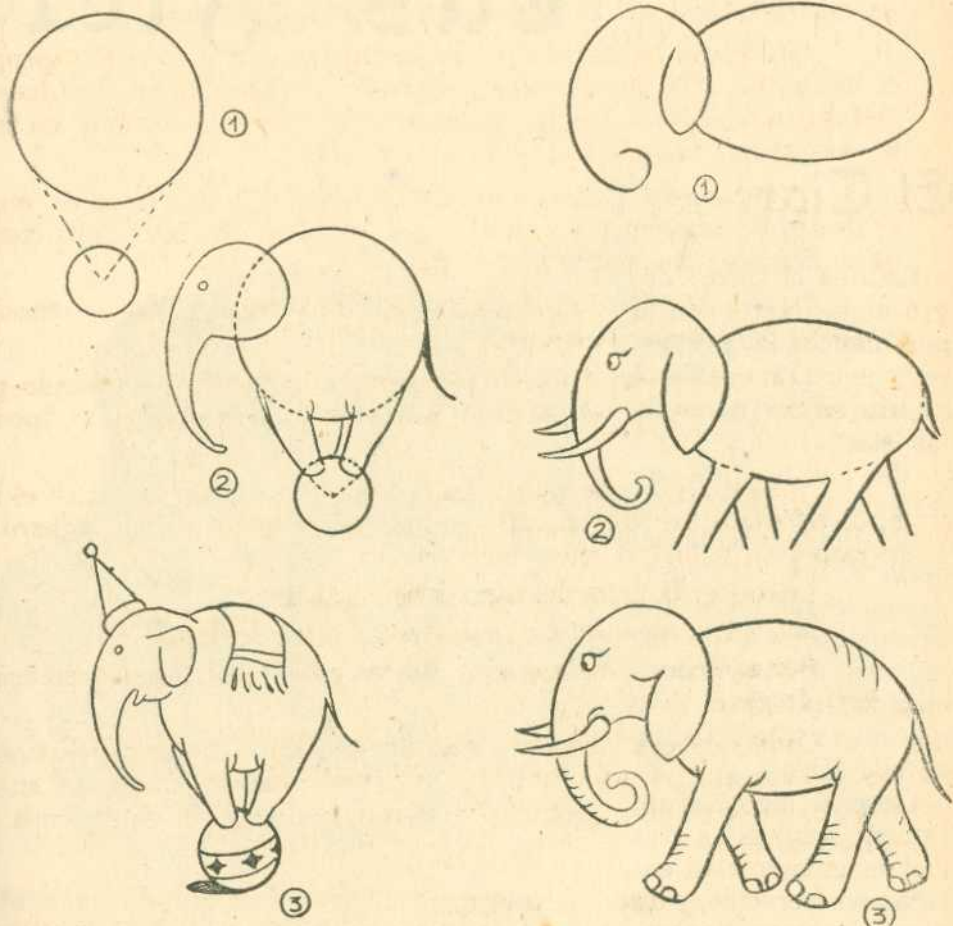
Un día el monito se sintió grande y fuerte. Ahora sí estaba seguro de poder saltar. Subió a la cima del gran árbol y se balanceó en el aire.

¿Alcanzará entonces la copa del árbol próximo?

¡Sí, ahora, sí!

Entonces el monito pudo irse también en busca de aventuras. Se despidió de todos sus amigos, saltó luego sobre las anchas espaldas del elefante, y seguidos por el joven hipopótamo, echaron a andar por la senda que llevaba hacia las excitantes aventuras de la gran selva virgen!

Dibujemos Elefantes



ADIVINA ADIVINADOR

1.—Nico, nico y su mujer
Tienen cola, piés y pico
Y los hijos de nico, nico
Ni cola, ni piés, ni pico.

2.—Un viejito arrugadito,
Que si lo echan al agua
Se pone gordito.

3.—Es garra pero no de tigre;
Pata, pero no de mesa

4.—En Granada hay un convento
Y más de mil monjas dentro
Con hábito colorado;
Cien me como de un bocado.

SOLUCIONES: el garbanzo — la granada — la garrapata — y el gallo,
la gallina y los huevos.

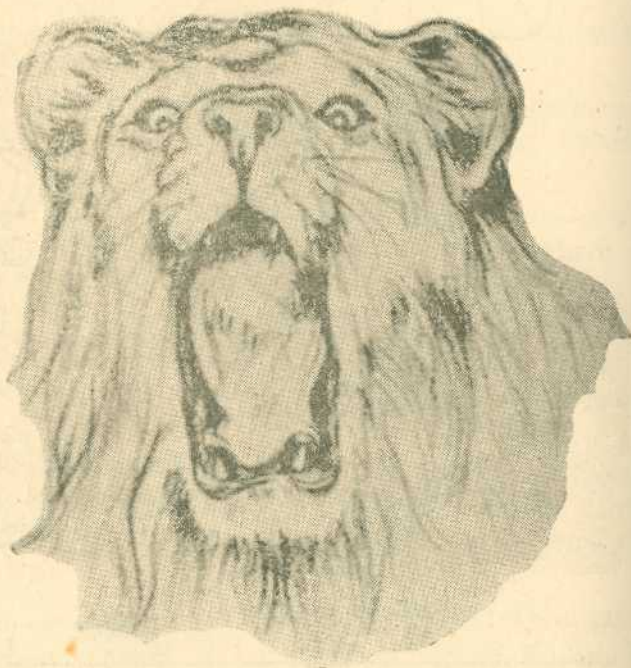
Las fieras

El Tigre

Este es el tigre: negro amarillento, con la piel manchada a rayas, se hace casi invisible al deslizarse a través de las selvas de la India y de los bosques de Asia del Sur, de Siberia y del límite occidental de la China. De acuerdo con lo que hasta hoy se sabe acerca de los lugares en que habita el tigre, puede decirse que no se le encuentra en el Africa.

Llega a alcanzar un tamaño de más de tres metros cuando está enteramente crecido, y un peso de unas cuatrocientas libras.

Tiene el tigre una cabeza más grande que la del león. Fuerte y sigiloso, ataca al hombre sin que éste lo haya provocado, hecho que hace de él una fiera singular, entre los carnívoros.



A punto de ser devorado por los Leones

Es sorprendente cómo el león, siendo la enorme bestia que es, puede aplatarse contra el suelo e ir y venir de un lado a otro, sin que uno pueda verlo. Naturalmente que esto lo hace muy peligroso.

del Circo



Además, uno no sabe nunca a qué atenerse con un león: nunca sigue una conducta conocida; no sabe cuando no se corre peligro en aproximarsele, o cuándo, la fiera al clavarle la mirada, sólo lo hace para observarlo simplemente o tiene otras intenciones, como la de atacar.

Una vez, en compañía de un negrito nativo, caminaba por una llanada cubierta de pasto no muy alto, y me había alejado un poco del campamento; al llegar a un pequeño montículo, de pronto, el negrito me gritó: ¡Simba! ¡Simba!, y se agarró fuertemente a mi brazo. No más allá de un centenar de yardas ví cinco enormes bestias comiéndose una pequeña gacela.

Mandé al negrito que volviera al campamento a traerme la cámara fotográfica y a que llamara a mis compañeros, los cazadores. Tenía mucho interés en fotografiar aquellos cinco leones porque

Termina en la página DIECISEIS

El Gorila



Como el Gorila vive en lo más profundo de las selvas tropicales y en las montañas más distantes, no ha sido fácil que lo estudien los naturalistas, y en comparación con lo que sabemos de otros animales de la selva es muy poco lo que conocemos acerca de la vida y costumbres de este animal.

Los naturalistas y exploradores han podido examinar algunos gorilas muertos y han constatado que este animal puede llegar a medir unos dos metros de altura y que de un brazo a otro alcanza casi dos metros y medio.

Se sabe mucho de su manera de atacar, pero de su vida pacífica, cuando está viviendo tranquilamente con su prole, es bien poco lo que se ha podido investigar.

Debido probablemente a su enorme tamaño, a su fuerza, a su expresión de ferocidad y a su furia cuando es atacado, el gorila ha adquirido la fama, completamente injusta, de ser un animal ferocísimo.

La exterminación del gorila en sus lugares de habitación ha sido muy rápida y hace poco tiempo se estimaba que sólo unos ochenta gorilas quedaban en la región montañosa del África Central en donde tienen su principal guarida. En la actualidad está prohibida la caza de gorilas en esa región a menos que no sea para propósitos científicos, para conseguir ejemplares para los museos o por necesidades especiales de las exploraciones de hombres de ciencia; sin embargo, el exterminio del gorila, a pesar de esas prohibiciones, ha continuado aunque en menor escala.

Parece ser cierto que, a pesar de su apariencia tan feroz y de su fuerza extraordinaria que le permite extrangular fácilmente a un león, el gorila es una criatura pacífica: no se ha registrado el caso bien constatado de que ataque al hombre sin provocación. Todas las historias acerca de este animal que lo describen rugiendo y tamborileando con sus manos en su enorme pecho, se refieren al gorila enfurecido que quiere defender su familia.

Los animales salvajes en su ambiente natural

En el Africa Oriental

Las películas cinematográficas tomadas en el Africa nos permiten hoy apreciar de una manera muy verídica, la vida de los animales salvajes del Africa. Muchos expertos en cinematografía se han dedicado, con riesgo de sus vidas, a penetrar en esas regiones y sorprender a las fieras africanas, como si dejéramos, en su verdadera intimidad hogareña.

El relato que sigue es hecho por la esposa de uno de estos hombres de la cámara cinematográfica que ha podido impresionar películas interesantísimas de la vida animal del "Continente Negro".

"Después de muchos meses de trabajo dedicados a reunir el equipo necesario, salimos para Mombasa, el caluroso puerto marítimo del Africa Oriental Británica. De ahí enviamos nuestros equipajes por ferrocarril a Nairobi, donde íbamos a establecer nuestro campo de operaciones.

En Nairobi conocimos a un viejo guardabosque que conocía todas las especies animales, sus costumbre y sus refugios y quien nos informó de la existencia de un lago, formado en un cráter antiguo, en el cual, como era tan remoto, de seguro había muchos animales.

El lago quedaba en una región de la cual no había mapas, cerca de la frontera de Abisinia, a unos 800 kilómetros. Hicimos varias excursiones experimentales antes de emprender el largo viaje al Norte, a través del desierto de Kaisoot y hasta las desconocidas tierras de la frontera de Abisinia. En carreta enviamos los abastecimientos hasta Meru, a 320 kilómetros de distancia, y de allí fueron cargados a espaldas de cien negros cargadores. A setenta de éstos, los contratamos en los montes cercanos a Meru; todos eran guerreros rollizos, que llevaban vistosos penachos de plumas de avestruz y que tenían su cuerpo pintado con rojo y azul, que son los distintivos de la guerra.

Nuestra caravana tardó toda una noche y un día atravesando un río de lava seco. La escoria volcánica, quebrada y cortante como un vidrio roto, rajaba nuestras recias botas de cuero y hería los pies descalzos de nuestros negros cargadores. Tal era el calor del sol, que levantaba ampollas, y el aire que se respiraba era intensamente seco. Ardía la piel, dolían los ojos y uno sentía en la cabeza como golpes de un tambor. Muchos negros habían desobedecido al Jefe de la expedición y no llevaban llenas sus cantimploras; hubo que azotarlos para hacerlos seguir adelante a fin de que no se quedaran en aquel lugar y murieran de sed. Antes de terminar de atravesar ese sitio muchos

estaban enloquecidos por la sed y el dolor de los pies heridos; por suerte todos pudieron salir con vida al otro lado.

Después de esta travesía, descansamos durante una semana a la orilla de un pantano. Luego seguimos adelante, avanzando por el país de los rinocerontes. Empezamos a ver tantas de estas bestias feas y caprichosas que me aburrí de fotografiarlas. Pero un día vimos un bello ejemplar, en pose perfecta. Mi esposo preparó la cámara y me la pasó: cuando diera la señal yo debía empezar a dar vuelta a la manivela.

—No dejes de tomar la película, pase lo que pase, me dijo.

Entonces se acercó temerariamente al animal; en ese instante otro rinoceronte salió por detrás de una roca que lo ocultaba, y ambos atacaron.

Mi esposo era ágil y tenía un pie muy firme, pero ¿podría escapar? Los rinocerontes estaban ya encima de él cuando pasó corriendo frente a la cámara. Entonces de improviso cambió de dirección y las bestias siguieron derecho, dejándolo a salvo.

—Apuesto a que es la mejor película que se ha tomado de una embestida de rinocerontes—, me dijo mi esposo muy entusiasmado.... Pero... la verdad fué que del susto se me había olvidado darle vuelta a la manivela de la cámara en el momento oportuno.

Al borde del desierto de Kaisoot nos encontramos con un negro viejo, que tenía la quijada singularmente torcida y que manifestó su deso de unirse a nuestra caravan.

Se llamaba Boculy y era concido entre los otros negros de la región como el "hermanito de los elefantes" y, en verdad que sobre los elefantes tenía un saber asombroso.

Este extraño personaje nos sirvió de guí a través del caluoso desierto de Kaisoot: durante varios días marchamos tras de nuestro anciano guí por un terreno increíblemente abrupto. Por fin llegamos inesperadamente a un alto peñasco que daba sobre uno de los lagos más bellos que he visto en mi vida. Estaba en el cráter de un volcán apagado; una urdimbre de lianas y de grandes lirios africanos azules crecía al borde del agua; patos silvestres, cigüeñas o garzas se movían en círculos y se bañaban en las aguas; animales innumerables, bebían en ellas tranquilamente, hundidos en el fango.

Este es el Paraíso, dije a mi esposo.

El estuvo de acuerdo y fué así como bautizamos ese lago con el nombre de Lago del Paraíso.

Dos horas después de nuestra llegada, comenzaron las grandes lluvias. Nunca había soñado yo que la lluvia pudiera adquirir tales proporciones: las tiendas de campaña no bastaban para guarecernos del diluvio, y nuestros peones, sin techo alguno, sufrían lo indescriptible. A pesar de las lluvias adelantamos la construcción de los edificios permanentes; los construimos de troncos revestidos

por fuera con una mezcla de estiércol y arcilla y los techamos con paja. Yo hice un huerto y cultivé magníficos frijoles, maíz, patatas y sandías. Pro mucho más me gustaban los deliciosos productos silvestres que encontraba en el bosque: espárragos, espinacas, moras, café, hongos, frutas y una deliciosa miel párdá. ¡Todo esto en el mismo corazón de Africa!

En nuestra larga permanencia en el lago, sólo las estaciones nos señalaban el tiempo y regulaban nuestras labores; en la época lluviosa, cuando era abundante el agua en el desierto y en la llanura, íbamos a fotografiar gacelas, antílopes, jirafas, cebras o jabalíes. En tiempo más seco rondábamos los numerosos charcos y bosques, para ir acumulando así un verdadero archivo cinematográfico del búfalo, el rinoceronte y el elefante.

Nuestro viejo capataz Boculy sabía más de elefantes que cualquier otro negro de Africa; sabía con sólo examinar una simple hoja de hierba, cuánto tiempo hacía que la pesada pata de un elefante la había abatido. Una simple rama quebrada le revelaba, a este misterioso viejo, no sólo el paso por allí de un rebaño de animales, sino también la dirección que llevaba.

Nuestros largos años de estancia en el lago nos hicieron apreciar cuán razonable era la reverencia de Boculy por los elefantes; dignos, moderados, inteligentes, estos selectos animales sólo atienden a lo que les atañe directamente y no molestan a las demás criaturas. Ríen poco entre sí; tienen el instinto de la lealtad a la tribu y son padres conscientes de sus deberes.

Una vez vimos a un elefantito pequeño que era conducido por su madre, quizá por primera vez, a una charca. El día era sumamente caluroso y el elefantito se quedaba rezagado y chillaba como quejándose con amargura. La madre perdió la paciencia y, al fin, tomando al pequeño por una oreja, lo tumbó en el suelo y, sujetándolo con la pata, le lanzó chorros de agua con la trompa. Cuando después el animalito se incorporó, bramaba todavía mostrando el interior rosado de su hocico, pero pronto se sintió fresco y contento; luego se agarró a la cola materna con la tronpa, como un niño que toma la mano de su madre, y permaneció quietecito mientras la elefanta bebía.

Otro días nos encontramos en la selva con cuatro hembras de la especie, ocupadas, no podía ser otra cosa, en enseñar a su prole el arte de trompetear; cada una de ellas, por turno, alzaba la trompa y emitía un potente resoplido; entonces el elefantio trataba de imitarla, aunque sin lograr otra cosa que producir un chillido semejante al de un pito de lata; ¡cómo nos hizo reír el desagrado de las matronas elefantas y la vergüenza que la prueba causaba en los aprendices! nuestras carcajadas produjeron alarma en la reunión y le pusieron punto final.”

A PUNTO DE SER...*(Viene de la pág. ONCE)*

tenía la idea de que eran los que el día anterior, se habían comido a un pobre negro, cuya calavera habíamos encontrado.

Calculé que los leones me darían tiempo, entretenidos como estaban en terminar de comerse los restos de la gacela; pero calculé muy mal: de pronto una leona del grupo, empezó a rugir, se relamió los labios y me clavó la mirada. ¡Me había descubierto! Empezó a caminar hacia mí, despacito; los otros cuatro leones la siguieron. Se dice que cuando el león está satisfecho, un hombre puede acercársele sin mayor peligro; tal cosa puede ser cierta... algunas veces! La leona avanzaba hacia mí. ¿Qué hacer en tanto no llegaran mis amigos? Decidí adoptar la táctica misma de los leones: tratar de hacerme invisible en medio del herbazal.

Me dejé caer entre el pasto y durante un minuto permanecí inmóvil, con el corazón palpitándome fuertemente; enseguida levanté cautelosamente la cabeza para ver qué se había hecho la leona. Mi maniobra debía de haberla desorientado un poco, porque estaba parada en el mismo lugar y los otros cuatro leones también se habían detenido. Respiré un tanto, aliviado. Pero, aún no estaba a salvo: la hembra observó los alrededores con mirada muy atenta y de nuevo empezó a caminar hacia donde yo estaba oculto. No podía pararme y echar a correr porque las bestias me alcanzarían fácilmente; me arrastré cautelosamente procurando no hacer ruido, ni hacerme visible.

Sin embargo, calculaba que los leones vendrían siguiéndome y que ya estarían más cerca de mí de lo que yo deseaba. Así pasaron unos cuantos minutos de verdadera angustia. Volví a alzar la cabeza y constaté que los leones, con la hembra como guía, seguían caminando despacio, hacia donde en ese momento me encontraba. Me oculté de nuevo y procuré arrastrarme lo más rápidamente que pude. Al fin, volví a inspeccionar el campo... ¿Qué había pasado? Ya no ví a ninguna de las fieras. ¿Se estarían arrastrando para aproximarse más a mí, caerme encima y devorarme? No sucedió esto por fortuna: oí las voces y los pasos de mis amigos que llegaban, me enderecé y corrí hacia ellos. Luego por más que exploramos los alrededores, no pudimos descubrir ni las trazas del grupo de leones. Tal vez, las fieras, antes que yo, se dieron cuenta de la llegada de más personas y se escabulleron. Naturalmente, que si mis amigos no llegan a tiempo, lo posible es, que en esa ocasión sólo hubiera quedado de mí, la misma noticia, que la que encontramos del negro devorado por los leones el día anterior.

(Relato de un naturalista que estudiaba los animales salvajes del Africa Central)



Ilumine el dibujo del payaso en lindos colores. Se rifarán 75 premios entre los niños que lo manden iluminado al apartado 758 antes del 5 de abril.

Nombre _____

Escuela _____

Lugar _____

Qué se hace con cada colón que usted gasta en Lotería del Asilo Chapuí?

Los hospitales en Costa Rica y en especial el Hospital San Juan de Dios y el Asilo Chapuí, necesitan diariamente miles de colones para mantener y cuidar a los enfermos. Hoy día se están gastando diariamente, ₡ 14,048.64 en esos enfermos y asilados. Fíjese bien! Cada día se gastan más de catorce mil colones en curar a los enfermos y todo ese dinero hay que sacarlo de la Lotería del Asilo Chapuí. Cada colón que usted compra en Lotería sirve para ayudar a curar los enfermos que todos los días reciben atención médica, alimentos y medicinas en el Hospital.

En sólo el Hospital San Juan de Dios se atienden 1807 enfermos diariamente con un costo de casi ₡ 8.00 diarios por enfermo. Además, se da un servicio de Consultas gratis a quien lo solicite.

La Lotería el Asilo Chapuí sirve a los hospitales de todo el país ayudando a los gastos de los otros hospitales con ₡ 25,220.00 al mes. Además, el Hospital San Juan de Dios y el Asilo Chapuí reciben a los enfermos que vienen de todas partes de la República. El colón que usted gasta en Lotería está ayudando a curar a miles de costarricenses.

El total de gastos que anualmente hace la Junta de Protección Social de San José, a cuyo cargo está la Lotería del Asilo Chapuí, es de ₡ 5.232,369.15. Más o menos, cinco millones y cuarto de colones del dinero que se obtiene con la Lotería, se gastan cada año en socorrer a los enfermos de Costa Rica, en cuidar y conservar los cementerios de San José y en mantener el servicio que la misma lotería requiere.

Así es cómo, sin sentirlo casi, los buenos ciudadanos que compran sólo Lotería del Asilo Chapuí, están ayudando a curar a miles de enfermos que morirían desamparados sin esa ayuda tan patriótica como necesaria.

Ahora ya usted puede contestar a la pregunta que hacemos en el título de esta página.

Prepárese para Un gran Concurso que haremos próximamente



Cuando necesite un purgante suave y eficaz, tome una cucharadita de la sabrosa y espumante

Sal Vivina



ESTA SAL MARAVILLOSA NUNCA DEBE FALTAR en su HOGAR

Especialmente recomendada para quitar los dolores de cabeza, los mareos y el malestar del estómago.

Producto de los Laboratorios

**Botica
Francesa S.A.**

Fundados en 1868

Coma más

CHOCOLATES

de EL GALLITO



*Nutritivos
y sabrosos*

*Frescos y
ricos*

Insista en que sean de EL GALLITO
para que esté seguro de su abso-
luta pureza y aseo escrupuloso

EMPRESA INDUSTRIAL EL GALLITO